



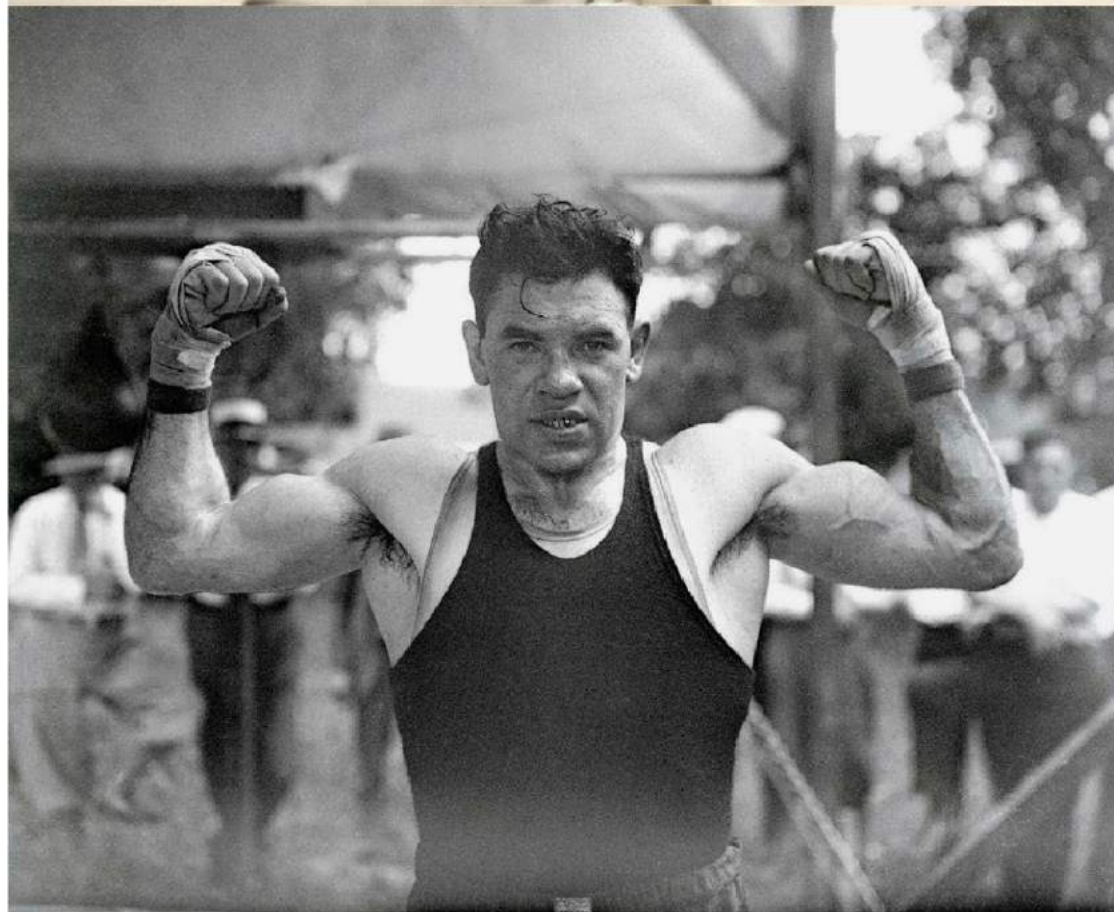
C | U
L | T
U | R
A

EL MUNDO
MARTES 12
DE ABRIL
DE 2016

NOVELA/MEMORIA
GAZTAÑAGA
VS.
UZCUDUN:
DEL
CASERÍO AL
MADISON

‘Golpes de gracia’, de Joxemari Iturralde, reconstruye los años de gloria y autodestrucción de los dos boxeadores guipuzcoanos, vecinos, amigos y después rivales irreconciliables, símbolos de las dos Españas y sujetos de un destino trágico marcado por la Guerra Civil.

POR LUIS ALEMANY



Arriba, Isidoro Gaztañaga; abajo, Paulino Uzcudun en un entrenamiento en Nueva York, en 1929. BETTMAN

ESCENARIOS AITANA SÁNCHEZ-GIJÓN GANA EL PREMIO VALLE-INCLÁN DE TEATRO POR SU PAPEL EN 'MEDEA' (PÁGINA 50)

CULTURA

Hay un momento muy conmovedor, casi cómico, en *Golpes de gracia*, de Joxemari Iturralde (editado por Malpaso). El boxeador Paulino Uzcudun, uno de sus tres protagonistas, acaba de perder un par de combates. Está en Barcelona, un poco varado. Sabe que su carrera ha entrado en la cuesta abajo y no se siente con fuerzas para competir. «Lo dejo, dejo el boxeo», dice Uzcudun. «¿Y qué vas a hacer?», le pregunta alguien. «Pues no sé. Me pondré de aïzkolari, a cortar troncos».

¿Para esto había ganado millones en Estados Unidos? ¿Para esto se había pegado con bestias de medio mundo? ¿Para esto se había acostado con las mujeres más guapas de Francia...? ¿Para volver al pueblo a dar hachazos? Qué destino.

En el pueblo de Uzcudun, en Tolosa, a 20 minutos de San Sebastián, vive Iturralde. *Golpes de gracia*, escrito y editado antes en euskera con un título que se traduce como *Perlas, golpes, besos y traiciones* (*Periak, kolpeak, musuak*,

traizioak), cuenta la historia de tres personajes reales que aún flotan en la memoria del lugar. El campeón Paulino Uzcudun; su vecino, amigo y después rival, Isidoro Gaztañaga; y el médico que impulsó sus carreras, Ladislao Goiti. «Toda mi vida he estado recopilando material sobre esta historia. En Tolosa estaba en el ambiente, los abuelos te contaban cosas de Uzcudun esto, Gaztañaga lo otro...», cuenta Iturralde. Hasta que los abuelos se fueron muriendo y la memoria entró en extinción. «Sentí que tenía que contar esta historia porque si no, se iba a evaporar. Cuando llegó el momento, la novela se escribió casi sola».

A Uzcudun, más o menos, lo ubi-camos todos: un chico de caserio, grande y bruto, bueno para dar sopapos y aún mejor para encajarlos. Fue uno de los mejores boxeadores del mundo en los años 20, tres veces campeón de Europa de los pesos pesados. Tenía la boca llena de dientes de oro y platino. Combatió con el Ejército franquista y, durante

los años de la Victoria, fue un héroe del NO-DO. Acabó de juguete roto.

Gaztañaga, siete años más joven, es menos conocido. Su historia empezó como una réplica de la de Uzcudun, que era su ídolo de adolescencia. Era fuerte y diestro con el hacha, pero quería dedicarse al boxeo porque había muchísimo más dinero y gloria. Se fue a París, como Paulino, contactó con el doctor Goiti y, también como su paisano, tuvo éxito. Pero no fue tan sencillo. Gaztañaga era guapo, encantaba a las mujeres y a él le encantaba encantarlas. Salía de noche, se emborrachaba, cogía y perdía peso, cogía y perdía la forma, cogía y perdía fortunas. Era capaz de derrotar al mejor boxeador o de perder con cualquier pobre hombre. Había días en los que se despertaba sin ganas y no le importaba dar la espantada. Su historia parece la de un torero jerezano, más que la de un boxeador de Guipúzcoa, ¿verdad?

«Por completo. Un torero o un futbolista o un rockero. A mí, el bo-

xeo no me gusta muchísimo, no se crea», responde Iturralde. «¿Sabe cómo veo a los dos personajes? como a dos aldeanos no analfabetos pero sí iletrados. Y como iletrados, se encontraron con triunfos descomunales que se les fueron de las manos. A Uzcudun lo recibieron una vez, en San Sebastián, después

«HABÍA GENTE DEL PUEBLO QUE ME DECÍA: ¿NO IRÁS A PONER BIEN A ESE CABRÓN DE UZCUDUN?»

de una victoria, 40.000 personas. ¡40.000 personas convocadas por el boca a boca! Sin medios de comunicación ni internet. No estaban preparados para el éxito. Después, cayó sobre ellos la Guerra Civil, y sus vidas acabaron de descarrilar».

«Hay algo barrojo en sus vidas.

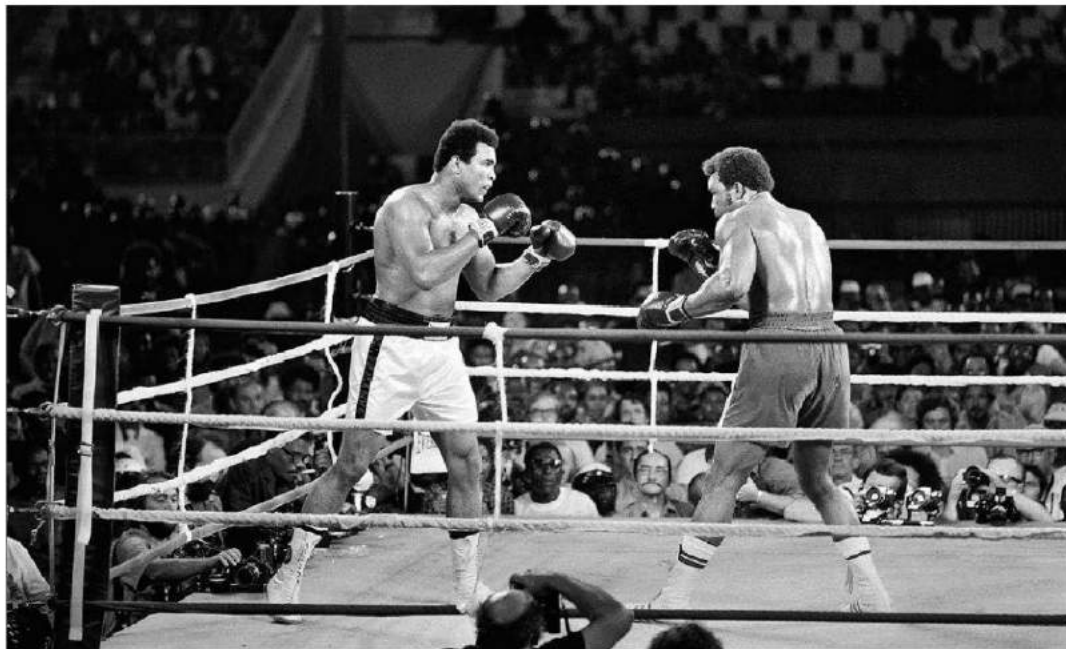
Esa sensación de que el destino los va zarandeando», continúa Iturralde. «¿En qué cambia Uzcudun durante la novela para que el buen chaval, un poco bestia, de las primeras páginas termine siendo un personaje grotesco? En nada. Simplemente, toma mal sus decisiones, le toca estar en el lado equivocado de la historia, se deja llevar un poco por orgullo y un poco por cabezonería... Era apolítico, pero, un día, una cuadrilla de anarquistas lo quiso ajusticiar. Consecuencia: en la siguiente escena, aparece vestido de falangista en Sevilla, más contento que unas pascuas, con dos chicas andaluzas ceñidas a su cintura.

¿Qué iba a hacer? «Escribía este libro y se me acercaban algunos viejos a decirme: '¿No irás a poner bien a ese cabrón de Uzcudun?'. Pero otros me venían y me contaban que era un tío muy humano, que un día los paró en San Sebastián porque se acordaba de que su padre le había invitado a un refresco cuando era un niño. Cosas así».

Gaztañaga también es una víctima de sí mismo. Era tan buen boxeador que Joe Louis evitó pelear con él porque no lo veía claro (preferiría luchar contra Uzcudun, ya crepuscular; lo derrotó claramente). Pero había algo dentro de él, una sed, un desasosiego, una necesidad de ser querido... que lo destruyeron. La guerra lo cogió en América y no pudo volver a España. Las noticias lo deprimieron y terminaron con su carrera. Y como Uzcudun cayó en el bando franquista, a él le tocó ser mártir republicano. Tuvo una muerte ridícula en la frontera de Argentina y Bolivia.

En realidad, *Golpes de gracia*, que a ratos se parece a esas biografías noveladas de Jean Echenoz o a esos libros sobre el colaboracionismo de Patrick Modiano, habla más sobre el País Vasco que sobre el boxeo. Esa mezcla de hedonismo y austeridad, la desmedida, el sentimentalismo, la gente fina de la ciudad, los mozos brutos y nobles del caserio, el juego... «Sí, lo del juego en el País Vasco es impresionante. Se han perdido fortunas, casas, ganados y hasta mujeres», cuenta Iturralde. El mismo ha traducido su novela del vasco al español. Sus personajes, por cierto, usan un castellano casi neutro, ni siquiera sueñan vascos ni dicen «Bueno, pues»... «¿Le digo la verdad? Esta gente debía de hablar un castellano muy pobre. Mi abuelo, que era de esa generación, hablaba muy mal en castellano, se burlaban de él. Si hubiera recogido su forma de hablar, hubiera arruinado la novela».

Falta preguntar por el doctor Goiti, el tercer protagonista del libro, el donostiarrá que vive en Tolosa como si estuviera en París. Era un caballero, un vividor y un hombre integro que no puede ser compasivo con aquellos que lo han traicionado. En la última página del libro se refiere a su antiguo protegido como «el miserable de Uzcudun». Un poco duro, ¿no? «Yo también he acabado por sentir pena por mis personajes», reconoce Iturralde.



Muhammad Ali y George Foreman, en su combate de 1974, en Kinshasa. Norman Mailer aparece tras la pierna derecha de Foreman. / AFP

CARLOS TORO

Boxeo

El boxeo es el deporte más literario que existe. Ningún otro puede igualar la mezcla de miseria y grandeza que confluyen en su génesis, desarrollo y final (¿no es lo mismo que los novelísticos planteamiento, nudo y desenlace?). El escritor se siente atraído, fascinado, estimulado por su historia y su leyenda. La historia y la leyenda de los campeones surgidos de las profundidades sociológicas de oscuros mundos cercanos a otros más luminosos, pero sólo alcanzables a través del sacrificio, el dolor, la sangre y las secuelas cerebrales del único deporte que tiene como naturaleza y meta la demolición física del adversario.

Una historia tan frecuente que, en todas las la-

titudes, en el Tercer Mundo y en los Terceros Mundos enquistados como tumores en el Primer mundo, se entiende común y acaso necesaria. Una historia de guetos, chabolas, barrios violentos y sordidos gimnasios de extrarradio. Templos sudorosos y destartados en los que, entre embrocaciones e imprecaciones, fraguan sueños adolescentes de éxito, dinero y mujeres, generalmente frustrados y tras los que queda un rastro indeleble de cicatrices visibles e invisibles, pero más profundas.

Chicos sin formación nacidos en lugares sin esperanza, criados en hogares sin calor y creciendo en calles sin sol. Jóvenes que, al acceder a la notoriedad, se ven rodeados de preparadores y managers paternos o amorales. De súbitos y falsos amigos, de sabandijas de todos los sexos. No pueden, no saben distinguir el elogio de la adulación, la sinceridad de la doblez. Cuanto más triunfadores, más cerca están de convertir-

se en víctimas ya sin regeneración posible.

Interesa más al escritor el púgil que, tras alcanzar la cumbre deportiva, económica y social, se despeña, entre la amarga nostalgia y la dicción confusa, hasta sus orígenes. Personajes de novela negra que, en demasiados casos, desembocan en el alcohol, las drogas e incluso la delincuencia. Juguetes rotos, una definición acuñada por y para ellos. Metáforas humanas de la existencia o, al menos, de una de sus caras más ingratas.

Quizás el llamado Nuevo Periodismo, un estilo alentado por escritores, se halla especialmente relacionado con el boxeo a través de Norman Mailer y su relato del *Rumble in the Jungle* (*Cuando éramos reyes*). El combate que, el 30 de octubre de 1974, en Kinshasa (Zaire), disputaron Muhammad Ali y George Foreman. El referente en España es Manuel Alcántara, representante del Viejo Periodismo. El periodismo eterno de un maestro de la literatura y de la vida. Y del boxeo.